

«Seré feliz el día que tenga que pagar el recibo del agua»

Francisco Espiñeira

A CORUÑA | En la plaza de Esteban Lareo, en la segunda fase del polígono de Elviña, el corazón del espacio abierto situado delante del centro cívico está ocupado por dos manos de piedra de casi dos metros de altura que se abrazan en señal de concordia. A escasa distancia conversan Borja Borja, de 37 años, y Ricardo Barrul, de 53, las dos caras del sorteo de viviendas al que ambos optaban.

Borja, el más joven, se quedó sin piso «por solo 18 euros». Ricardo obtuvo la ansiada vivienda «después de más de treinta años esperando una oportunidad como esta, desde que nos hicieron dejar la Cubela para construir El Corte Inglés».

Ricardo Barrul, casado y padre de dos hijos, no tiene dudas de que «estamos lo suficientemente preparados para convivir en un edificio normal. No somos animales ni bestias. Gente buena y gente mala la hay en todos los sitios, pero no se nos puede poner una cruz así, antes de conocernos de nada».

Además de él, que pagará su hipoteca con los ingresos derivados de su trabajo como charrero, negocio al que, como él, se dedican muchos de los vecinos de Penamoa que esperan su oportunidad para abandonar las chabolas, también aspiraban a conseguir su piso nuevo sus dos hijos, ya mayores y uno de ellos incluso casado.

«Ellos —relata Ricardo— han participado en diversos cursos de formación para aprender fontanería y albañilería. Incluso estuvieron trabajando como aprendices en el parque de bom-



Borja Borja, Ricardo Barrul y Ramón Borja conversan sobre el rechazo social generado en Mesoiro y Eirís | KOPA

beros y han ido al colegio hasta que han tenido que ponerse a trabajar».

«Es que los que nos marginan son los políticos», terea Ramón Borja, que ejerce como catalizador del movimiento gitano que reclama una inserción social plena. «Yo solo pido trabajo para mi pueblo, que nos ayuden a poder ganarnos la vida y que nos ayuden a integrarnos de verdad», repite.

Borja es su hijo mayor. Trabaja también en la chatarra y ejerce además como pastor de su comunidad religiosa. Casado y padre de dos niños —«estudian los dos, uno en el instituto y otro en el colegio Alborada»—, denuncia el «racismo preventivo de algunos». «Yo quise alquilar una vivienda cuando empecé a ganar mi primer sueldo, pero todo eran problemas y nadie nos

quería hacer un contrato», cuenta con tristeza.

La lista de agraciados publicada por la Consellería de Vivenda fue para él un nuevo mazazo. «Es que quiero que mi familia pueda vivir como todas las demás. Que mis niños puedan crecer y tener las mismas oportunidades que el resto», insiste.

Para ello, el próximo lunes tiene previsto acudir a las oficinas de la Delegación de la Consellería de Vivenda, en el edificio administrativo de Moneños, «para que me digan lo que tenemos que hacer ahora para volver a entrar en otro sorteo pronto, porque 18 euros de más en la renta es una barrera injusta que nos obliga a esperar otra oportunidad».

Él creció en Penamoa y sabe que «aquí tenemos muchos problemas. Es cierto que hay gente

mala, como en todos lados, pero justo lo que queremos es que nos saquen del borde del precipicio en el que estamos, que nos dejen integrarnos y que nos ayuden a dejar de pasarlo mal».

Especial disgusto les produce a estos tres gitanos reacciones como las de los vecinos de los Rosales, Mesoiro o Eirís. «Cuando veo que se han puesto a recoger firmas para echarnos antes de que lleguemos solo pienso en explicarles que somos gente normal, que no nos comemos a nadie, aunque alguno le siga diciendo al niño eso para asustarlo», añade Ricardo Barrul.

Y Borja Borja remata: «El día más feliz de mi vida será cuando me digan que tengo que pagar el recibo de la luz, del agua, del gas... Significará que por fin puedo dormir en una casa sin goteras ni ratas alrededor».